

ROMANCES TRADICIONALES

La muerte del príncipe don Juan

por JOSÉ PÉREZ VIDAL

Precisamente en el verano de este año de 1951, en que se celebra el quinto centenario del nacimiento de Isabel la Católica, he recogido en la isla de La Palma dos versiones del romance de *La muerte del príncipe don Juan*, su malogrado hijo. Ha sido una contribución inconsciente de la tradición isleña al homenaje, porque los ancianos que me las comunicaron ignoraban no sólo la conmemoración, sino que el protagonista del romance fuese el delicado príncipe, con cuya muerte se trocó el destino de España.

Felipa González Barreto, de 85 años, del Frontón, en la parte alta de Tijarafe, me dictó la primera y mejor de las versiones¹:

1 No doy una transcripción fonética de las versiones, porque considero que los estudios de fonética y estos de literatura tradicional deben tener, a pesar de su estrecha relación, un desarrollo independiente. Sin embargo, como la pronunciación de la anciana que me comunicó la versión de Tijarafe puede considerarse como característica de los campesinos de su edad de una gran zona, aun no muy bien determinada, de La Palma, voy a señalar sus rasgos principales, sin salir del marco de la citada versión, para conocimiento de quien quiera aprovecharlos. Son los siguientes:

Cierre de la *o* protónica vv. 5 y 9: *dutor*; v. 5 *lu-curan*; v. 9: *de-nu-ser*).

Cierre de la *-o* final (v. 5: *cuatru*; v. 10: *luegu*; v. 20: *esu*).

Empleo de una *s* sonora, semejante a la francesa intervocálica, y que se da hasta en enlaces de palabras (v. 11: *trezorah*).

Aspiración de la *h* procedente de la *f* (vv. 4 y 22: *jalla*; v. 58: *jablaba*). Reducción del grupo *nc* por su equivalencia en Canarias a *ns* (v. 17: *prise-sa*). Estos dos fenómenos son corrientes en la pronunciación rústica de zonas mucho más amplias de Canarias.

A estos hay que añadir otros menos característicos, que son frecuentes en castellano vulgar: la reducción del grupo culto *cl* (vv. 5 y 9: *dutor*); la pérdida de la *-r* final del infinitivo ante el pronombre enclítico (v. 15: *pagala*); la etimología popular de *malmuraba* (v. 42), con la forma vacilante *marmura* (v. 49); la asimilación de *vistida* (v. 54); el cambio de *bo-* o *vo-*, en posición inicial por *go-* en virtud de analogía con *bue-vue* → *güe* en *gulvió* (v. 57); la aféresis de *namoradas* (v. 34).

Por último, hay que indicar algún fenómeno esporádico: *seh nabra* «sin habla» (v. 56) y recordar los rasgos que, en general, caracterizan la pronunciación canaria: el seseo, la aspiración de la *-s* final.

El anciano que me comunicó la versión de Puntallana tiene una pro-

*Enfermo estaba el don Juan,
 enfermo está en una cama,
 enfermo de calentura,
 5 que otro mal no se le halla;
 cuatro doctores lo curan
 de los mejores de España;
 todos dicen a una voz:
 — El señor no ha de ser nada —;²
 de no ser un doctor viejo,
 10 que luego lo desengaña:
 — Tres horas tiene de vida;
 hora y media ya pasada;
 en hora y media que queda,
 confiese y ordene su alma.
 15 — Yo no siento de morir,
 que es deuda que he de pagarla,
 lo que siento es la princesa,
 que es niña y queda ocupada.
 — No tenga pena el don Juan,
 20 de eso no se le dé nada,
 que aquel que en el mundo queda,
 mundo busca y mundo halla.
 — No le digan de mi muerte,
 hasta que no esté alumbrada.
 25 Ya la reina está parida,
 ya la reina está alumbrada.
 De que quiso entrar a misa
 a su suegra preguntaba:
 — ¿De qué se visten las reinas
 30 cuando salen de alumbrada?
 — De negro visten las viudas,
 de amarillo las casadas,
 de encarnado las doncellas,
 de verde las namoradas,
 35 y tú vístete de negro,
 que pa ti mejor te estaba.
 La reina, como era niña,
 del mundo no sabe nada,
 la reina, como era niña,
 40 vistióse de finas galas.
 Cuando iba po'l templo arriba,
 la gente la murmuraba:
 — ¡Mira la viuda currilla,
 mira la viuda sutana,*

nunciación defectuosa a causa de una operación sufrida en el labio inferior. No debe hacerse acerca de ella ninguna indicación.

2 Este verso no tiene sentido; la forma correcta debe de haber sido semejante a la del verso correspondiente de la versión de Puntallana, que doy a continuación: «Buen señor, esto no es nada».

- 45 *el don Juan muerto de ayer
y ella vestida de gala.
De que salió para fuera,
a su suegra preguntaba:*
— *¿De qué murmura la gente*
50 *cuando yo en el templo estaba?*
— *Ahora te lo diré,
si mi lengua lo declara:
¡Mi hijo muerto de ayer
y tú hoy vestida de gala!*
55 *Allí le daba un desmayo,
que cayó p'atris sin habla,
y de que volvió en sí
de esta manera hablaba:*
— *¡Si yo tal cosa sabía,*
60 *aquí se me arranque el alma!*

Juan Antonio Béthencourt, de 91 años, de La Galga, en Puntallana, me dictó, con grandes esfuerzos y falta de memoria, la segunda versión:

- Enfermo estaba el don Juan,
enfermo estaba en la cama,
cuatro doctores lo curan
de los mejores de España.*
5 *Todos dicen a una voz:*
— *Buen señor, esto no es nada—;*
*si no fuera el doctor viejo,
que luego lo desengaña:*
— *Tres horas de vida tienes;*
10 *hora y media ya es pasada;
hora y media que te queda,
confiesa y ordena tu alma.*
— *Yo no siento de morirme,
que es deuda y he de pagarla;*
15 *siéntolo por la princesa,
que es niña y queda ocupada.
No le digan de mi muerte
hasta no estar alumbrada.*
*Ya la niña está parida,
20 ya la niña está alumbrada.*
*— ¿De qué se visten las reinas
cuando salen de alumbrada?*
— *Unas se visten de seda,
otras se visten de grana,*
25 *y tú vístete de luto,
porque a ti mejor te estaba.
La reina, como era niña,
se vistió de fina grana,
y cuando estaba en el templo*

- 30 *todo el mundo murmuraba.*
A la vuelta para fuera,
a la suegra preguntaba:
 — *¿De qué murmuró la gente*
cuando yo en el templo estaba?
- 35 — *No ha de murmurar la gente*
cuando tú en el templo estabas:
¡mi hijo muerto de ayer,
y tú vestida de grana!
La niña cayó p'atrás
- 40 *de un desmayo que le daba,*
y cuando volvía en sí
de esta manera hablaba:
 — *Yo soy la tórtola sola,*
que anda por entre las ramas,
- 45 *bebiendo del agua turbia,*
pudiéndola beber clara.

Con estas dos versiones, son ya tres las que he recogido de este romance en la isla de La Palma. La otra me la dictó una anciana de Fuencaliente y la publiqué, en 1949, en la «Revista de Dialectología y Tradiciones populares» de Madrid³. En conjunto, y habida cuenta de que se han hallado en lugares muy distantes entre sí, constituyen una clara prueba de la popularidad y arraigo de este romance en la isla. Demuestran, además, que la contaminación que en las tres versiones se da del romance de *La muerte del príncipe don Juan* con el de *La muerte ocultada* o llegó ya de la Península en boca de los conquistadores y primeros pobladores o se produjo en la isla poco después. La antigüedad de esta contaminación está corroborada por otro hecho: la asonancia *a-a* del primero de los romances citados se ha propagado hasta el final en las tres versiones, eliminando la asonancia *í-a* del segundo, y uniformado la rima. Este fenómeno de regularización, que en La Palma he observado también en el romance de *Santa Irene*⁴, además de ser efecto de la natural tendencia de todo romance a adoptar una rima constante y uniforme, puede haber sido favorecido en la tradición isleña por la costumbre de cantar el romance acompañado siempre de un estribillo de idéntico asonante. El estribillo, repetido por el coro cada cuatro versos, subraya la rima con su pareado y actúa de regulador de la misma. Atendiendo a esta circunstancia, cabe más bien inclinarse a pensar que la contaminación se haya producido en La Palma, aunque no mucho después de su incorporación a Castilla.

3 Véase *Romancero tradicional canario*, págs. 436-470 del tomo V, correspondiente al año citado.

4 Véase *Santa Irene. Contribución al estudio de un romance tradicional*, en «Rev. de Dialect. y Tradic. Pop.», tomo IV, 1948, págs. 518-569.

Debieron de favorecerla los elementos semejantes que existen en ambos romances: en los dos muere el esposo, se habla de vestidos de luto, va a la iglesia la esposa y, ante la noticia de la muerte del marido, termina ella desmayándose. Son puntos de contacto más que suficientes para determinar la confusión que ha producido el cambio del final del romance de *La muerte del príncipe don Juan* por el de *La muerte ocultada*.

Sorprenden, sin embargo, la versión congruente y aceptable que ha resultado de la contaminación y la difusión que en La Palma ha tenido esta forma contaminada.

Las tres versiones que he recogido coinciden en lo fundamental. El nombre del príncipe se ha conservado sin ninguna alteración, como en las versiones peninsulares de Almansa y Valencia de Don Juan (provincia de León) y las de Valles y La Sequera (provincia de Burgos) y la portuguesa recogida por Almeida Garrett⁵; en otras el nombre se ha cambiado por Pedro, como en la tangerina citada por don Ramón Menéndez Pidal en su *Romancero judío-español*⁶, o se ha omitido totalmente, como en las versiones judeo-españolas recogidas por Galante, Benichou y Molho⁷. En las tres versiones palmeras se alude en la misma forma —«el doctor viejo»— al doctor Parra, que atendió al príncipe en su enfermedad y cuyo nombre se ha conservado con una fidelidad admirable por las versiones peninsulares de La Sequera, Valles y Valencia de Don Juan; coinciden con las nuestras en la forma de hacer la evocación, una de Asturias y dos portuguesas («el doctor más viejo», «o mais velho»)⁸. Por último, las tres versiones isleñas recogen otros elementos que también tienen valor histórico: la preocupación del moribundo por el destino de su mujer y el estado grávido de ésta. Ambas circunstancias están históricamente atestiguadas por las recomendaciones incluídas en el testamento del príncipe. Las versiones peninsulares también las conservan. Los versos correspondientes de la versión de La Sequera son casi iguales a los de las versiones palmeras («No siento más que mi esposa, —que es niña y está ocupada»).

En cambio la versión de Tíjarafe se aparta de todas las demás,

5 En el estudio de doña MARÍA GOYRI DE MENÉNDEZ PIDAL, sobre este romance, en «Bulletin Hispanique» VI, 1904, págs. 29-37, pueden verse todas las versiones citadas menos la de Valles; ésta, en los *Romances tradicionales*, recogidos en Castilla por NARCISO ALONSO CORTÉS y publicados en la «Revue Hispanique», L, 1920, pág. 223.

6 Véase en *Los romances de América y otros estudios*, Buenos Aires, 1943.

7 Cfr. ABRAHAM GALANTE, *Quatorze romances judéo-espagnols*, en «Revue Hispanique», tomo X, 1903, núm. 13; PAUL BÉNICHOU *Romances judeo-espagnols de Marruecos*, Buenos Aires, 1946, núm. LXIV; y MICHAEL MOLHO, *Usos y costumbres de los sefardíes de Salónica*, Madrid-Barcelona, 1950, pág. 269.

8 Las tres, en el artículo citado de doña María Goyri.

tanto isleñas como peninsulares, en la variante constituída por los versos 19-22, en que se trata de mitigar la preocupación del moribundo por la princesa, su esposa:

*No tenga pena el don Juan,
de eso no se le dé nada,
que aquel que en el mundo queda,
mundo busca y mundo halla.*

¡Es lástima no haber encontrado en Canarias alguna versión no contaminada de este romance! Quizás en la misma isla de La Palma, en los pueblos de Puntagorda y Garafía, tan ricos de tradiciones como ausentes de carreteras, pueda encontrarse algún día una versión completa, que seguramente habrá de ser muy interesante.

En el final de las versiones que ahora se publican —desde el verso 23 en la de Tijarafe, y desde el 17 en la de Puntallana— perteneciente ya al romance de *La muerte ocultada*, hay diferencias dignas de ser notadas. Una es la representada por la mayor belleza y riqueza de detalles de la versión de Tijarafe, al indicar el color del traje que debe llevar la mujer, según su estado (vs. 31-36):

*De negro visten las viudas,
de amarillo las casadas,
de encarnado las doncellas,
de verde las enamoradas,
y tú vístete de negro,
que pa ti mejor te estaba.*

Otra, más importante, es la que puede verse en los versos que, como remate de las versiones, dice la sorprendida viuda cuando se repone del desmayo. A los de la versión de Tijarafe no les he hallado parentesco. Los de la versión de Puntallana son, salvo una insignificante alteración, iguales a los de la versión de Fuencaliente, y, por esta coincidencia, son prueba de que, a pesar de su apariencia de copla contaminada, tienen alguna fijez y extensión en la tradición de la isla.

Madrid, 1951.